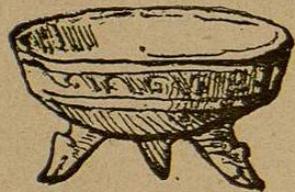


grande influencia, como un recuerdo del indispensable brahman indio.

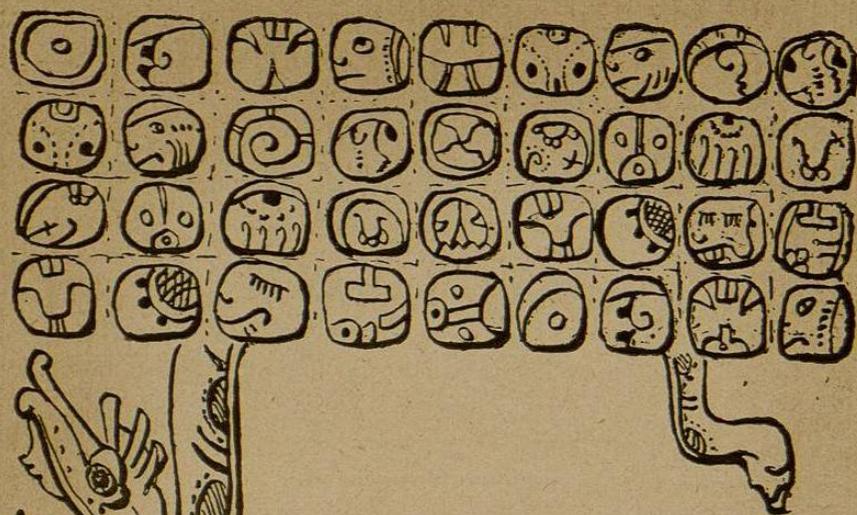
Obsérvase también entre algunos pueblos americanos el deseo de conservar á su modo sus memorias, el cuidado de sus anales y cronologias, más propio del espíritu búdhico que del brahmánico, empeñado éste siempre en dejar lo pasado envuelto en las vaguedades del tiempo indeterminado, ó en la insignificancia de lo terreno, comparado con lo infinito divino. A los Chilán Balam podemos llamar *las crónicas cingalesas*, ó del budhismo, en la antigua América.

Las crónicas budhistas cingalesas, ó de Ceilán, son el faro de la historia para el mundo oriental asiático; en Sian y Cambodge, á donde también se sobrepone el budhismo, hallamos igual tendencia, y en América, donde quiera que domine el espíritu de Quetzalcohalt, observaremos el mismo cuidado en coleccionar sus anales y no abandonar al olvido sus memorias.

Mucho esperamos también para la solución de estas cuestiones del desciframiento de los antiguos libros de los Lolos, recientemente descubiertos, aunque no leídos todavía, los que seguramente nos han de proporcionar soluciones importantísimas, sobre el estado del Oriente asiático en los primeros siglos de nuestra Era (1). Entretanto, sin avanzar más en la síntesis de la literatura americana precolombina, por falta aún de datos para ello, consignaremos, que del interés que despierta su estudio, podrá esperarse la solución de su enlace con otras literaturas, como necesariamente ha de ocurrir, para que no quede rota por algún lado, la cadena de las manifestaciones del humano pensamiento.



(1) Véase *Journal Asiatique*, 1892, tomo I, pág. 250.



VI

Epigrafía y paleografía.



AS entrando en el estudio de la técnica lograda por aquellos hombres, corresponde examinar sus antigüedades, ya se refieran á los productos cuyo destino es la satisfacción de las necesidades de la vida, ya pertenezcan á un orden más desinteresado de ideas, elevándose hasta las regiones estéticas.

De las primeras que debemos tratar, como lazo de unión con su pensamiento, es de aquellas por las que pretendieron perpetuarlo, valiéndose de medios gráficos que suplieran con la fijeza de sus trazos la momentaneidad de la palabra hablada.

No pudo alcanzar ésta tan exacta transcripción entre ellos como entre nosotros, pero el pensamiento, de que es signo, obtuvo por los antiguos americanos expresión más ó menos vaga, llegando, en sus últimos tiempos, á cierto grado de fonetismo.

Prescindiendo de aquellas obscuras tribus, entre las que nunca aparece el deseo de perpetuar memoria alguna, encontramos los sistemas primitivos á ello conducentes, en las de cultura rudimentaria, cuando pretendían fijar la atención de los demás, por ciertos signos, trazados sobre los objetos naturales; signos indescifrables, sin la ayuda de su interpretación, transmitida oralmente de los unos á los otros.

A éstas parecen corresponder aquellas representaciones tan frecuentes en el suelo americano, ya grabadas ó sólo pintadas sobre las rocas, conocidas bajo el nombre de glifos ó pictografías; escenas por lo general de caza, ó cuanto más de lucha, que no parecen pretender la consignación perpetua de un hecho memorable, sino simplemente la representación de un suceso, repetido con frecuencia ante los ojos de los que así manifestaban sus artísticas disposiciones.

Otras hay en que pudiéramos ya suponer el intento de determinar el número, según sus series de puntos ó líneas; en otras, cierto rigor geométrico, en la disposición de los signos y figuras, nos hacen presumir la idea del simbolismo.

Forman el cuerpo de esta simplicísima epigrafía innumerables de representaciones, grabadas ó pintadas en las rocas y las cuevas, abundantes en Nuevo-Méjico, Arizona y Colorado, encontrándose asimismo en los *Mound-Builders* y *Cliff-Dwellers*.

También se extienden por el centro, citándose como notables las de Nicaragua, Oajaca y Sonora, apareciendo como las más complicadas las de Colombia, Amazonas y Guayanas; abundantes en el Brasil y regiones orientales de la América meridional, tampoco faltan en Chile y el Perú. Su arte y estilo, aunque presente diferentes caracteres, según la mano que los trazara, acusa en todos, sin embargo, igual estado de inexperiencia, y su estudio es todavía tan incipiente é incompleto que sólo nos proporciona la certeza, de que ni comprendemos su sentido, si es que alguno tienen, ni contamos aún con datos suficientes para su clasificación y desciframiento, intentado con más ingenio que fortuna.

Entre los pueblos más cultos hallamos ya otros procedi-

mientos algo complicados para la conservación y transmisión de sus memorables hechos á otras generaciones, de lo que algunos se cuidaran muy especialmente. Las citas sobre tales procedimientos y medios abundan en nuestros autores clásicos, por las que vemos á los antiguos americanos, no sólo ejercitando la transmisión oral, sino también disponiendo verdaderos libros, en los que apuntaban cuanto al objeto creían oportuno. «Había entre los mejicanos (dice el anónimo autor de la *Epístola proemial de un fraile menor al Sr. Conde de Benavente*) (2), personas de buena memoria que retenían y sabían contar y relatar todo lo que se les preguntaba, y desto yo topé con uno, á mi ver harto hábil y de buena memoria, el cual, sin contradicción de lo dicho, con brevedad, me dió noticia y relación del principio y origen de estos naturales, según su opinión y libros entre ellos más auténticos.»

Estos recitadores de historias, romances y cantares, existían no sólo con carácter popular, sino como funcionarios disciplinados y colegiados, á los que les era exigido el cumplimiento de su cargo con celo y exactitud, especialmente entre aquellos más escasos de medios gráficos de expresión, como acontecía á los peruanos, cuyos *quipos* nunca pudieron llegar á ser más que aparatos de auxilio mnemotécnico. Fernando de Santillana, en su *Relación* (3), nos manifiesta que lo que dice lo toma «de los indios viejos, por personas que saben su lengua y son antiguos y han tratado y conversado entre los dichos naturales..... por no tener esta gente ninguna escritura ni carácter y ser ellos gente varia, y sus relaciones en algunos casos diferentes. Los que tienen memoria de las cosas antiguas es por algunos cantares, en que se relatan los hechos pasados, y han venido aprediéndolo de unos en otros; y también tienen su memoria por los *quipos*, que son unas cuerdas de lana de muchos colores, y por la forma de los nudos, etc.....»

(1) Todo el *Annual Report of the Bureau of Ethnology* de 1889-90 está dedicado al estudio de las pictografías americanas.

(2) Colección de documentos inéditos para la historia de España.

(3) Véanse las *Tres Relaciones* publicadas por el Ministerio de Fomento,

El insigne Cieza de León nos enseña lo propio, asegurando ser los que tal profesión tenían muy honrados y favorecidos por los Reyes, añadiendo que «tenían cuidado grande de enseñar aquellos romances á sus hijos y á hombres de sus provincias, los más avisados y entendidos que entre todos se hallaban; y así, por las bocas de unos lo sabían los otros, de tal manera, que hoy día entre ellos cuentan lo que pasó ha quinientos años, como si fueran diez».

Y en el capítulo XII añade: «Fué costumbre entre ellos el tener tres ó cuatro ancianos encargados de tener en la memoria todos los hechos acaecidos, y muerto (el Inca) al sucesor del Imperio le decían casi por estas palabras: «¡Oh, Inca grande y poderoso, el sol, la luna, la tierra, los montes y los árboles; las piedras y tus padres te guarden de infortunio y hagan próspero, dichoso y bienaventurado sobre cuantos nacieran; sabed que las cosas que sucedieron á tu antecesor son éstas (1).» Pero las cosas que se gastaban, y lo que las provincias contribuían se asentaba en los quipos.» Nadie ha descripto mejor la forma y objeto de los quipos que Cieza de León, el que en la segunda parte de su *Historia*, dice (2):

«..... y esto fué los quipos, que son ramales grandes de cuerdas anudadas, y los que desto eran contadores y entendían el guarismo de estos nudos, daban por ellos razón de los gastos que se habían hecho, ó de otras cosas que hobiesen pasado de muchos años atrás; y en estos nudos contaban de uno hasta diez, y de diez hasta ciento, y de ciento hasta mil; y en uno de estos ramales está la cuenta de lo uno, y en otro la del otro; de tal manera, esto, que para nosotros es una cuenta donosa y ciega, y para ellos singular. En cada cabeza de provincia había contadores á quien llamaban quipos-camayos, y por

(1) Todo el capítulo XI de la 2.^a parte de su *Historia* dedica Cieza de León á explicar: «Cómo se usó entre los Incas, qué del Inca que hubiese sido valeroso, que hubiese ensanchado el reino ó hecho alguna cosa digna de memoria, la hubiese del en sus cantares y en los bailes; y no siendo sino remiso y cobarde, se mandaba que se tratase poco del.»

(2) Capítulo XII, pág. 41.

estos nudos tenían la cuenta y razón de lo que habían de tributar los questaban en aquel distrito, desde plata, oro, ropa y ganado, hasta la leña y las otras cosas más menudas, y por los mismos quipos se daba á cabo de un año, ó de diez ó de veinte, razón á quien tenía comisión de tomar la cuenta, tan bien, que un par de apargatas no se podían escapar.»

El quipo no llegó, pues, á alcanzar más que á la notación del número y procedencia de los objetos que apuntaba; no fué sino un aparato de contabilidad, á la par que mnemotécnico; así como el último desarrollo del nudo que algunos hacen en el pañuelo para recordar de sus quehaceres. Pero la palabra *quipos* llegó á tener también un sentido general, en el que la emplea el autor de la tercera de las *Relaciones* citadas, (1) al nombrar con frecuencia los quipos, como textos vivos de que se valía, designando por antonomasia, con este nombre, á los indios relatores, á los *quipos-camayos*.

Fácil sería hallar el origen de los quipos entre los pueblos asiáticos y su escritura por cuerdas, usada en los tiempos primitivos por los chinos (2).

También ostentan algunos objetos incásicos ciertos signos que pudieran indicar la intención epigráfica; pero son aún tan escasos y de época tan indeterminada, que no es prudente afirmar nada sobre ellos, hasta que contemos con mayor número de ejemplares. Memoria hay asimismo de la transmisión del pensamiento entre los incas por medio de *glifos* ó piedras pintadas, con las que, según su tamaño y disposición en el suelo, pretendían coordinar oraciones.

Pero el supremo grado alcanzado por la epigrafía y paleografía americana es el del *catún* y el signo geroglífico-fonético, en los que escribieron incalculables libros, llegados desgraciadamente á nosotros en escaso número. Mucho se ha hablado de su destrucción por el fuego, llevada á cabo por los conquis-

(1) *Tres relaciones*, pág. 41.

(2) Rosni.—*La escritura hierática del Yucatán*, pág. 7. Véase también lo que manifiesta sobre los *Kuas* el *Journal Asiatique* de 1887, I, pág. 424.

tadores, no faltando bien intencionados eruditos que hayan pretendido disculpar y hasta negar las cometidas por Cortés y los Obispos Zumárraga y Landa; muy patriótica en su tarea, pero hay que rendirse á la evidencia; más noble es confesar con sincero dolor la falta cometida, que esforzarse en negarla, correspondiendo sólo á nosotros lamentar lo ocurrido, aunque disculpándolo siempre, por la piadosa intención que lo presidía. Landa lo afirma terminantemente, añadiendo, con la mayor ingenuidad, que por ello «les daba pena» á los indios; hoy hubiéramos procedido, seguramente, de otro modo. Pero, aun así, se salvaron y hasta copiaron muchos ejemplares, tratándose pronto de subsanar su pérdida. Boturini reunió hasta quinientos códices, desgraciadamente desaparecidos casi todos al poco tiempo, abundando, además, las noticias sobre ellos, en nuestros primitivos y verídicos autores.

De estos verdaderos libros vemos solamente poseedoras á las gentes que señalamos como en más alto grado civilizadas en la América precolombina. Memorias de tales nos presentan ya los toltecas, los que, según Alba, «usaban de pinturas y caracteres, con los cuales tenían pintadas todas las cosas sucedidas desde la creación del mundo hasta nuestros tiempos (1)», y en la anónima *Epistola proemial* citada, se consigna explícitamente «que entre los Aculiba (ó Culibas, los acolhuas) se halla que comenzaron á escribir y hacer memoriales por sus caracteres y figuras..... algunos quieren decir que Tezcuco se dice Culiba, por respeto destes que allí poblaron».

Sin determinar su proceso, aún bastante obscuro, puede señalarse la diferencia esencial entre el sistema de escritura quiché-maya y el nahuatl ó mejicano. En el primero domina el monumental *catún*, notándose entre los segundos la aspiración al fonetismo, por medio del sistema de *rebús*; de estos dos géneros de escritura consideramos como más exótico al *catúnico*, viendo en el de *rebús* la derivación de la primitiva

(1) *Historia Tolteca*, I, pág. 68.

pietografía de las tribus bárbaras, desarrollada con tendencias al fonetismo, muy naturales en todo proceso gráfico. Por esto nos interesa principalmente el primero, y por ello debemos procurar de inquirir su origen.

Para esto, como para tantos otros puntos que venimos tocando, debemos dirigirnos, en busca de alguna luz, al Oriente asiático, y averiguar las vicisitudes que experimentan los sistemas gráficos entre aquellos pueblos, que tanta conexión ofrecen en todo con los más cultos americanos.

Por el estudio, aún incipiente, de estos sistemas asiático-orientales, se deduce, como lo más probable, haber sido usados primero los puramente geroglíficos, ó sea, representativos del objeto que pretendían determinar, por los Lolos y Miao-tse. Esta escritura se ha conservado entre ellos hasta nosotros, aunque muy perdida de su originario sentido (1). Autorizadas opiniones lo suponen el origen de los más antiguos caracteres chinos, llamados *ku-uan*, que substituyeron á sus primitivas notas por cuerdas.

Estos caracteres fueron reformados más tarde entre los chinos, adquiriendo las formas *tchuan*, y últimamente las más modernas, ó *chu*, inauguradas por el célebre Ts'in-chan-Uang-ty, por los años 208 antes de J. C. Aquellos célebres decretos de este Emperador contra los libros, se dirigían principalmente á implantar el nuevo sistema gráfico de su Ministro Ly-se, en vista de la gran confusión que sobre la escritura existía en el Imperio: en estos caracteres de Ly-se se hallan ya grabadas las inscripciones de los Ts'in (2), y de gran utilidad sería para nuestro objeto, el cabal conocimiento de aquellos sistemas orientales anteriores al de los *chu*.

Entre las numerosas variedades de aquellos caracteres *tchuan*, que corresponden al estado de la escritura en todo el Oriente asiático, anterior á las conquistas de Ts'in-chan-Uang, se encuentran los llamados *ko-teu*, ó sea en forma de renacuajo

(1) Véase *Journal Asiatique*, 1891, II, pág. 356 á 364.

(2) Véase *Journal Asiatique*, 1893, I, pág. 473 á 518.

ó sapo; estos han sido reconocidos por Rosni y otros orientalistas como los más similares, hasta ahora, con los catunes quichés-mayas. Podemos asegurar que la actual escritura china no alcanza más atrás que á los tiempos del célebre Emperador incendiario de los libros antiguos, debiendo buscar el origen del catún entre las variadisimas formas de la escritura figurativa, llamada *tchuan*, que era la usada por todos los pueblos asiáticos orientales, antes de ser sometidos al poder del verdadero fundador del celeste Imperio; por esto, pues, hemos considerado siempre al *catún* de América como hermano de la cifra china, dando á ambos un común origen (1).

Los sistemas gráficos, literales ó silábicos, que se desarrollan entre aquellos pueblos más adelantados de la Indo-china, derivan todos de muy distinto origen; pueden considerarse, sin excepción, provenientes de las escrituras del Indostán, inauguradas por los grandes epígrafes del Rey Açoka y alcanzando su mayor complemento con el modernísimo *devanagari* sanscrito; pero fenómeno curioso, y que prueba la amplitud de su propagación, es que llega hasta Corea, donde se da hoy el caso de existir dos sistemas de escritura, uno popular, arcaico, puramente fonético, y otro oficial, más moderno, ideográfico, impuesto por sus dominadores los chinos.

La memoria de álbums, ó cuadros históricos, ilustrados con signos á modo de epígrafes, por el estilo de los Códices americanos, es antiquísima en el Oriente asiático, citándose, entre otros, el Erh-yá, que remonta al siglo III de nuestra Era, del que, con otros de su especie, tanto se valió Nie-xi, Director del Gran Colegio Imperial, en el siglo X, para la reconstitución de los antiguos ritos (2).

Si á esto añadimos que todos aquellos primitivos códices asiáticos están plegados á manera de biombo, como los mayas y aztecas americanos, comprenderemos cuán visible es su ori-

(1) Véase *Journal Asiatique*, 1892, I, pág. 253.

(2) Véase *Journal Asiatique*, 1890, I, pág. 429.

gen y cómo su derivación se nos va haciendo patente, al estudiar los medios gráficos de los antiguos pueblos asiáticos.

El carácter monumental epigráfico de los quiché-mayas, que aparece algo modificado en el paleográfico de sus Códices, se presenta abundantísimo en las regiones centrales americanas, sobre todo en la quiché y de Guatemala, siendo más escasos en la propiamente maya. No conocemos las modificaciones que experimenta hasta tomar las formas definitivas en que lo encontramos, pero algo extraño es hallar entre ellas las de animales exóticos á tales regiones: quizá si se conservara el primitivo Teotlamastli de los Toltecas pudiera darnos alguna luz en este sentido; pues, como vemos, el asio-americano poco inventa, modificando sólo lo que aporta á su nueva patria; pero perdido el sentido convencional de aquellos signos, su interpretación es de las que más se resisten á la curiosidad de la ciencia, siendo los apreciables trabajos de Rosni, Charencey y otros, merítisimas tentativas para llegar á la consecución de un fin, aún no obtenido. Sólo diremos, por nuestra parte, que van descaminados los que quieren aplicar el silabismo ó el *rebús* á tales signos, estudiando para esto las lenguas quiché ó maya, como si de ellas fueran transcripción fonética; nunca encontrarán en tales catunes la expresión del sonido; del propio modo que leemos el chino independiente de su lengua, podríamos entender los catunes, si conociéramos su correspondencia ideográfica.

El manuscrito *Relación de las cosas del Yucatán*, sacado de la del Obispo Landa, que guarda la Academia de la Historia, es el punto de consulta, de todos cuantos pretenden obtener la solución del problema, creyendo hallar en él la enumeración de un verdadero alfabeto maya; pero la falsa interpretación del famoso párrafo queda comprobada por la ineficacia del resultado obtenido, al aplicar aquel alfabeto á la interpretación de estos códices. A mi entender, el alfabeto que allí presenta Landa es una adaptación, posterior á la conquista, de algunos signos antiguos á nuestras letras, para hacerles así aprender á los indios, con ciertos caracteres suyos, el sonido de los nuestros, por ellos mal comprendidos y peor usados; pero